

Doce tesis acerca de la mundialización del capital^{1[*]}

François Chesnais

1. La noción de «mundialización del capital» debe preferirse a la expresión imprecisa de «mundialización de la economía». En inglés, la palabra «*global*» se refiere tanto a fenómenos relacionados con la (o las) sociedad(es) humana(s) en el sentido de globo (terráqueo) propiamente dicho (es el caso de la expresión «*global warming*»^{2 [1]}), como a procesos cuya característica es la de ser «global» exclusivamente en la perspectiva estratégica de un «agente económico» preciso. En este caso, el término «*globalización*», que nació en las Business Schools americanas hacia 1980, ha encubierto el segundo sentido. Empezó refiriéndose a los parámetros pertinentes de la acción estratégica del gran grupo industrial y a la necesidad de éste de adoptar estrategias y modos de gestión «globales», a medida que la liberalización y la desregulación abría los mercados nacionales. Éstos se refieren simultáneamente a la identificación de los mercados (por definición, los de demanda solvente), a la elección de las zonas de producción y de las fuentes de abastecimiento y, por último, a la observación estricta de los movimientos estratégicos de los grupos oligopólicos rivales como condición previa a la elaboración de estrategias complejas que mezclan competencia, co-operación^{3 [2]} y colusión. Cuando se trata de globalización financiera, el término «*global*» designa la visión del inversor financiero y sus estrategias «mundiales» de arbitraje entre los diferentes espacios financieros, los diferentes sectores mercantiles y los diferentes valores. El término «*global*» designa, pues, el espacio internacionalizado de valorización del capital, espacio en el que los límites exactos dependerán del tipo de operación industrial o financiera así como de las coyunturas económicas y de las situaciones políticas en un momento dado.

2. Liberalización, desregulación y privatización son la plataforma de la mundialización del capital contemporáneo. Comenzaron refiriéndose a los flujos financieros, a los intercambios y a las inversiones directas, antes de extenderse a un número creciente de actividades reguladas con anterioridad según criterios no exclusivamente mercantiles. El fundamento de estas medidas ha sido, en cada etapa, tanto político como económico. La mundialización no fue un resultado endógeno del movimiento del capital. Sólo en la vulgata neo-liberal^{4 [3]} el Estado es «exterior» al «mercado». Sin la ayuda activa de los Estados, las EMN^{5 [4]} y los inversores financieros institucionales no habrían alcanzado los puestos de poder que poseen en la actualidad y tampoco se mantendrían cómodos en ellos. La gran libertad de acción de que disfrutaban en el ámbito nacional y la movilidad internacional casi absoluta que se les ha concedido, han forzado numerosas medidas legislativas y reglamentarias para el desmantelamiento de instituciones anteriores y el emplazamiento de nuevas. La presentación política de estas medidas ha exigido el vuelco del término «reforma», desprovisto actualmente de su sentido original. Las repetidas intervenciones de las instancias políticas de los Estados capitalistas más poderosos han tenido lugar, en principio, en los países industriales avanzados y han comenzado metiendo en cintura a los asalariados así como a las organizaciones sindicales que no estaban dispuestas a colaborar en la desregulación. Es el sentido de la «revolución conservadora» de Margaret Thatcher y Ronald Reagan de los años 1979-81 y de acontecimientos sociales como el fracaso de la huelga minera del Reino Unido.

Hay que situar el punto de inflexión no en 1989 (caída del muro de Berlín) ni en 1991 (hundimiento del régimen soviético), sino diez años antes, a principios de los 80. El proceso de liberalización, desregulación

^{1[*]} Traducción para Laberinto de Aránzazu Núñez Lozano

^{1[1]} Según Chesnais, «*global warming*» designa, en inglés, lo que los franceses llaman «*l'effet de serre*», es decir, el «efecto invernadero» (N. de la T.).

^{3[2]} También con guión en el original francés (N. de la T.).

^{4[3]} Ídem (N. de la T.).

^{5[4]} Empresas Multinacionales; FMN en el original francés (N. de la T.).

y privatización pudo abordarse tanto más fácilmente cuanto la acción de dirigentes políticos y sindicales había permitido, en primer lugar, contener y moderar el potencial enormemente democrático y, por consiguiente, anticapitalista, de los grandes movimientos sociales –obreros y estudiantiles– que han jalonado los decenios 1968-78 en la Europa del Este y del Oeste, y también en Estados Unidos. Aplastando la «primavera de Praga» y cerrando definitivamente toda vía de transformación de los países con dominación burocrática, Brejnev ha contribuido en gran medida a preparar las condiciones de la victoria de las fuerzas políticas más antisociales de los países de la OCDE que han propiciado la restauración liberal en la sombra de la Trilateral. Los acontecimientos de 1989-1991 han venido a acentuar evidentemente los cambios en las relaciones económicas y políticas entre capital y trabajo. El discurso sobre la «superioridad del mercado» y la «retirada necesaria del Estado» ha sacado el máximo provecho del inmenso desarrollo político nacido del balance tan radicalmente negativo del «socialismo real». La burocracia de la URSS y de los países del Este ha abierto el cauce de la restauración liberal antes de integrarse en cuerpo y alma.

Gracias a las medidas de liberalización, desregulación y privatización, introducidas en principio por los Estados Unidos y el Reino Unido, y adoptadas seguidamente a ritmos muy variables según los ámbitos por los demás países del G7 y la OCDE, el capital ha conseguido suprimir la mayor parte de los frenos y cortapisas que han encorsetado y canalizado su actividad en los países industrializados. El lugar decisivo ocupado por la moneda en el mundo de la producción capitalista ha dado a la liberalización y la desregulación financieras un carácter y unas consecuencias estratégicas. Debido a este vuelco, la difusión internacional de la «revolución conservadora» ha comenzado a orientarse hacia el continente europeo y Japón. En Francia, las reformas del mercado financiero y la regulación bancaria de 1984-1986, bajo el gobierno de Pierre Bérégovoy y Edouard Balladur, han abierto la vía a la dominación actual de los mercados financieros.

3. En la época de la «globalización», si existe un concepto cuya utilización se impone es el de «totalidad». Son como *«elementos de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad»* (Marx, *Epílogo a la Contribución a la crítica de la economía política*), hay que intentar analizar las diferentes caras del capital, el sistema de relaciones interestatales y las relaciones entre clases sociales en la mundialización del capital.

En el plano de las relaciones interestatales, la totalidad sistémica se ordena en torno a tres polos, América del Norte, Europa occidental y el Este Asiático. En un primer momento, estos tres polos han sido designados con el término «Tríada», en donde Japón representa por sí solo el polo asiático. La crisis financiera y económica que no fue superada por Japón, después del crac inmobiliario y de la bolsa en 1990, así como la acumulación de capital en China, en un marco burocrático capitalista y muy pronto en un marco simplemente capitalista, han modificado en profundidad este estado de cosas, pero la nueva configuración del polo asiático está todavía lejos de ser clara. La mundialización del capital no borra la existencia de los Estados nacionales, ni las relaciones de dominación y dependencia política entre ellos. Todo lo contrario, ha acentuado los factores de jerarquización entre países. El abismo que separa los países que pertenecen a los polos de la «Tríada» (América del Norte, Europa y Japón) o que están asociados a ellos, de los que padecen la dominación del capital financiero sin retorno, o peor aún, de los que no interesan ya para nada al capital, ha aumentado continuamente desde hace veinte años. Pero la mundialización del capital ha ido *también* a la par de los cambios en las relaciones políticas, comprendidas aquí como relaciones internas con las clases dirigentes de los países capitalistas avanzados. Los Estados Unidos son el eje del sistema de relaciones económicas y políticas características de la mundialización, nacidas de la liberalización y ratificadas por el hundimiento de la URSS. De ellos salen los impulsos más importantes en dirección a otras partes del mundo, tanto del «Norte» como del «Sur». Hacia ellos han afluído prioritariamente capitales e inversiones, y se ha dirigido una parte importante de las exportaciones mundiales.

4. Las diferentes caras del capital deben, así mismo, jerarquizarse. La mundialización del capital ha ido paralelamente a la irrupción de una configuración específica del capitalismo, en la que la visión del mundo (la palabra inglesa sería *ethos*) y las prioridades del capital de inversión financiera dan forma a las del capital en su conjunto. Persisten como formas de organización capitalista más visibles e identificables los grupos industriales transnacionales (las STN), que están encargados de organizar la producción de los bienes y servicios y de asentar de manera directa la dominación política y social del capital frente a los asalariados. Pero a su lado, menos visibles y menos analizados, se encuentran las instituciones financieras bancarias, especialmente las no bancarias, que constituyen un capital con rasgos particulares.

Este capital intenta «hacer dinero» sin salir de la esfera financiera, bajo la forma de intereses de préstamos, dividendos y otros ingresos percibidos en concepto de posesión de acciones, y de beneficios producidos por las lucrativas operaciones financieras. Tiene como campo de acción mercados financieros abiertos entre sí en el ámbito nacional y conectados internacionalmente. Sus operaciones descansan también sobre cadenas complejas de créditos y deudas, sobre todo entre bancos. La liberalización y la desregulación de los movimientos de capital han vuelto completamente permeable la frontera entre capitalismo «legal», incluso «virtuoso», y capitalismo «mafioso». Estados o territorios formalmente soberanos o autónomos han visto asignado su lugar de «paraíso jurídico y fiscal». Empresas y fortunas particulares pueden introducir en estos paraísos la evasión del fisco y los fondos provenientes del tráfico de estupefacientes e iniciar en ellos las primeras fases críticas del blanqueo de dinero de todas las actividades mafiosas.

5. La centralización en manos de instituciones financieras, de los ingresos no reinvertidos en la producción y no consumidos (depositados en bloque con la etiqueta engañosa de «ahorro»), ha colocado estas instituciones en posición de convertirse en propietarios-accionistas de un nuevo tipo de empresa, y de guardar al mismo tiempo sumas suficientemente elevadas de efectos de deuda pública para que los gobiernos se conviertan en sus «deudores». Sin que esto en realidad haya sido previsto ni deseado en su totalidad, la liberalización y la mundialización financieras han dado a los más importantes propietarios de acciones y obligaciones –las grandes fortunas familiares de las que las revistas de economía publican los nombres una o dos veces al año, pero sobre todo los inversores institucionales (y los gerentes que proliferan en ellos)– los medios para influir en el reparto de ingresos en dos dimensiones esenciales: la de la distribución de la riqueza producida entre salarios, ganancias y renta financiera, y la del reparto entre la parte atribuida a la inversión y la parte distribuida como dividendos e intereses. En Estados Unidos, la parte de las ganancias repartida entre los accionistas ha alcanzado el 85% en 2003. Los dos valores del reparto afectan al nivel de inversión, y dominan empleo y crecimiento. Es por ello difícil concebir un poder financiero más fuerte.

«La economía», dominada por la búsqueda de lucro, reducido al «valor por accionista», se anuncia con la pretensión de representar la actividad más importante de la sociedad contemporánea, aquella cuya legitimidad particular le permitiría imponer su ley a todas las demás. En un mundo dominado por las finanzas, la vida social en casi todos sus valores tiende a padecer la influencia de lo que Marx designa como la forma más extrema de fetichismo. Con las finanzas se tiene «dinero que produce dinero, un valor revalorizándose en sí mismo, sin que ningún proceso (de producción) sirva de mediación a los dos extremos». Puesto que «el capital parece ser la fuente misteriosa (...) de su propio crecimiento», los propietarios de títulos financieros, beneficiarios de intereses y dividendos, llegan a considerar que su «capital» va a otorgarles una renta «con la misma regularidad que el peral da peras» (*Capital*, libro III, capítulo XXIV). Este es el mensaje que nos envían habitualmente los mercados bursátiles, al menos cuando «gozan de buena salud».

6. La visión del mundo de los operadores de mercado financiero –«hacer dinero» sin salir de la esfera financiera– ha invadido la industria manufacturera y las grandes industrias del sector servicios. El dominio de las finanzas ha dado lugar al surgimiento de un nuevo tipo de ejecutivo. Desde 1980, los propietarios-accionistas han desplegado su energía y medios jurídicos o casi jurídicos considerables, para subordinar a los ejecutivos de la industria y transformarlos en alguien que haya interiorizado las prioridades y los códigos de conducta nacidos del poder del mercado bursátil. La transformación de éste en mercado empresarial como tal y la posibilidad dada a los «accionistas minoritarios» para deshacerse de aquellas empresas cuyas características no les satisfacen, han sido los incentivos. En tanto que delegados de los propietarios-accionistas y con el fin de responder a sus expectativas de rendimiento, los gestores de los fondos de pensiones y de inversión financiera deben obtener de las empresas de las que ellos sean los accionistas «minoritarios» niveles de rendimiento muy elevados (15% de rendimiento sobre fondos propios, de los que el valor nominal en Bolsa de las acciones es un componente). Sólo ha bastado un decenio, dominando los arcanos de los mercados financieros y de la industria de los servicios financieros, para que los nuevos ejecutivos se adapten al «gobierno de empresa» aunque puedan disputarse los procedimientos. El «poder del ejecutivo» es más fuerte que nunca en el seno de las empresas, pero se fija objetivos muy diferentes a los del período precedente. El ejecutivo-financiero se desliza en el molde de las finanzas y explota la libertad permitida mediante la «virtualidad» de las finanzas. Ha conseguido eludir con rapidez la vigilancia de la que es objeto. Los grupos están dirigidos por personas para las que el nivel de cotizaciones bursátiles prevalece sobre cualquier otra consideración.

7. Si el poder económico del capitalismo contemporáneo se encuentra a partir de ahora en manos de inversores institucionales y de gestores financieros, el papel de los grupos industriales es más importante que nunca. Mientras que los gestores de fondos de inversión permanecen casi totalmente en la sombra, los grupos industriales transnacionales (las STN) están en primera línea, a los lados de los gobiernos, en la lucha contra las clases y las capas que hay que explotar. El fetichismo de las finanzas no es sin embargo operativo más que para los portadores de créditos sobre la actividad ajena, que ven la realidad configurarse en el espejismo de «la auto-valorización» de las inversiones financieras. Es necesario, pues, que haya producción de riquezas, incluso cuando las deducciones rentistas de las finanzas minasen día tras día los cimientos. Sobre los grupos industriales descansa la organización de las actividades de valorización del capital en la industria, los servicios, el sector energético y la gran agricultura, de la que dependen tanto la existencia material de las sociedades en las que el campesinado y la artesanía han sido destruidas casi o en su totalidad, como la extracción de la plusvalía destinada a pasar en parte a manos de los rentistas.

Con esta finalidad, los grupos financieros disponen de medios poderosos que provienen de los efectos combinados de la liberalización y la desregulación de los cambios y de los movimientos de capitales y de la tecnología. Los grupos industriales usan su libertad de acción y su movilidad reunidas para hacer pesar sobre sus asalariados la amenaza (que además puede llegar a ser efectiva) de localizar sus zonas de producción en los países en los que los asalariados, mano de obra barata, están poco o nada protegidos. No reorganizan sistemáticamente. Se sirven de la liberalización del comercio sobre todo para asentar, cada vez que pueden, redes de abastecimiento por subcontratación en los países en que los costes son más bajos.

Las modalidades contemporáneas de crecimiento de la productividad por intensificación del trabajo, sin crecimiento o incluso con reducción del tiempo de trabajo, están fundadas sobre cambios organizativos profundos en las fábricas y en los despachos al menos tanto como sobre la aplicación de nuevas tecnologías como tales. Estos cambios no habrían podido imponerse si el aumento del paro inducido por factores que acabamos de señalar no hubiera venido a influir siempre de manera más contundente sobre la capacidad de resistencia de los asalariados. La puesta en práctica de nuevas formas de explotación en el seno de los grupos industriales y bajo la responsabilidad inmediata de sus presidentes y de sus cuadros directivos para alcanzar el grado de sumisión de los asalariados, a menudo fuertemente desarrollado, que corresponde a las exigencias de remuneración de los propietarios del capital, es el origen de nuevos fenómenos de «sufrimiento en el trabajo» sacados a la luz por psicólogos y médicos laborales.

8. Los grupos industriales del sector manufacturero, así como de la gran distribución o los servicios, saben también servirse del «poder de mercado» que les confiere su gran dimensión para captar mediante contratos, según términos leoninos, fracciones de valor producidas por entidades más pequeñas o con capacidad de negociación de precios más débil. El gran grupo traslada el valor creado a otras estructuras diferentes a la suya de la misma manera que produce dentro de sus propios muros. La organización de los grupos en «empresas-red» traduce la interferencia de la frontera entre ganancia y renta, en la formación de resultados de explotación de los grupos, así como el peso creciente de las operaciones salidas de la apropiación de valores ya creados mediante deducciones en la actividad productiva y el excedente de otras empresas.

El término «mercado» es hoy la «hoja de parra» que sirve para designar con pudor la propiedad privada de los medios de producción cuya forma principal es la posesión de activos patrimoniales que dan derecho a apropiarse a gran escala de las riquezas creadas por otros. Las fusiones-adquisiciones de los últimos años han empujado el proceso de concentración a niveles que parecían imposibles hace veinte años. Tras el eufemismo de «mercado» se encuentran formas cada vez más concentradas de capital industrial y financiero que ostentan un poder económico siempre mayor, que incluyen una capacidad más fuerte para «hacer fracasar a la competencia», para saltarse el mercado y engañarlo. La tercera parte del comercio mundial resulta de las exportaciones y de las importaciones hechas por empresas que pertenecen a grupos industriales que tienen el estatus de sociedades transnacionales, mientras que otra tercera parte adopta la forma de intercambios llamados «intraempresas», entre filiales de una empresa, situadas en diferentes países, y la casa matriz. Estos intercambios no son «libres», sino altamente planificados. No se efectúan en el «mercado», sino en el espacio privado interno de los grupos, y se facturan a «precios de transferencia» internos, fijados especialmente para que escapen, en la medida de lo posible, a los impuestos.

9. Si fechamos el comienzo de la liberalización contemporánea en 1979, el año en que el Banco Central Americano (la FED), bajo la presidencia de Paul Volcker, transformó el régimen monetario y financiero de los Estados Unidos, la fase de la historia económica y social del mundo en la que vivimos –la de la mundialización del capital– tiene treinta y cinco años. Ha visto la realización de un orden institucional internacional, cuyo capital concentrado y cuya gran propiedad patrimonial son los principales beneficiarios, podríamos incluso decir que los únicos. La organización de este orden institucional internacional ha estado marcado por la elaboración y la ratificación de tratados muy importantes cuyo objetivo ha sido el de alentar la libertad de acción de las empresas y los derechos que corresponden a la propiedad privada. Estos tratados pueden aún diferenciarse por pequeñas regulaciones que vienen a limitar esta libertad y estos derechos. Son sobre todo los «Acuerdos de Washington», el Acuerdo de Librecomercio Norteamericano (ALENA) y la prolongación que los Estados Unidos quieren imponer hacia los países del continente sudamericano con el ALCA, el Tratado de Marrakech de 1993 que instituye la OMC, al igual que el Tratado de Maastricht. Esto ha tenido como consecuencia la desviación de ideas potencialmente progresistas. Lo mismo sucede con la idea de Europa, donde el Acta Única, después el Tratado de Maastricht y ahora «la ampliación» hacia los países de Europa central, del este y los países bálticos, han hecho cada vez más de la construcción europea el marco político y jurídico principal de la liberalización, de la desregulación y de la privatización en el conjunto de los países de la Unión.

Los países llamados en desarrollo, al igual que los que tenían todavía un sistema económico y social ordenado alrededor de la propiedad estatal se han visto obligados a aceptar el nuevo orden de liberalización y desregulación. La mundialización del capital ha acabado con las prácticas de desarrollo autocentradas que reposan sobre los escalones, limitados pero seguros, de la soberanía política y económica que habían sido ganados gracias a la descolonización y las guerras de liberación nacional del período 1945-1973. El fin del desarrollo autocentrado se ha realizado en varias etapas con la ayuda de distintos mecanismos combinados, entre los que la deuda y los mecanismos de reproducción y el endeudamiento han representado un papel decisivo. La «deuda del Tercer Mundo» que los llamados países en vías de desarrollo arrastran a menudo como «una cruz» desde hace más de treinta años, proviene de las medidas de liberalización financiera que han provocado la subida del dólar y de los tipos de interés americanos a principios de los 80. La multiplicación por tres, e incluso por cuatro, de los tipos de interés a los que las cantidades prestadas han debido ser reintegradas ha precipitado la crisis de la deuda del Tercer Mundo, cuyo primer episodio es la crisis mejicana de 1982. En los países llamados «en vías de desarrollo» (PEVD) o «nuevos países industriales» (NPI), la deuda se ha convertido en un gran incentivo a la imposición de las llamadas políticas de ajuste estructural, que consisten en austeridad presupuestaria, liberalización y privatización masivas, desencadenando en muchos países procesos de desindustrialización.

10. Tanto en el plano político como en el económico, la mundialización del capital ha significado la instauración de procesos que han conducido a una desigualdad acentuada de situaciones entre continentes y entre países. Los países por los que se interesa especialmente el capital de inversión financiera, son los que poseen un puesto financiero suficientemente desarrollado para aspirar al estatus de «mercado emergente de valores» y permitir así el establecimiento de mecanismos de flujo de los recursos del país o la región continental más extensa, hacia los países centrales. La lista es limitada (una docena de lugares en Asia y América latina, además de Johannesburgo en África del Sur), de manera que sólo se han efectuado inversiones en muy pocos países. Pero los grupos industriales de los países avanzados sólo se interesan por los países exteriores a la OCDE de manera muy selectiva. Cada año, el 80 % de la IDE^{6 [5]} fuera de la OCDE se centra sobre unos diez países como máximo, y durante diez años consecutivos no se encuentran más de quince países en la lista de los diez principales «beneficiarios». En el 80-85 % de los casos, la IDE adopta la forma de fusiones y adquisiciones (M&As^{7 [6]}) de empresas ya existentes, de sectores públicos, por supuesto privatizados, bancos y otras instituciones financieras, pero también de la industria manufacturera. Así pues, la IDE hacia los países en vías de desarrollo ha sido sólo uno de los componentes del movimiento mundial de centralización y concentración de capital.

Sería un grave error ignorar esta situación particular, pero estratégicamente importante para la dominación imperialista contemporánea, de países en los que ciertos sectores de la élite dominante han sabido explotar las oportunidades del nuevo orden institucional internacional favorable al capital concentrado y a la gran propiedad patrimonial de manera que se evite la absorción y se constituyan grupos financieros

^{6[5]} Inversión Directa Exterior (N. de la T.).

^{7[6]} En inglés, *mergers and acquisitions*. (N. de la T.).

propios. El universo darwiniano salido de la liberalización y la desregulación, en que sólo los capitales muy concentrados tienen la suerte de sobrevivir, ha sido favorable para ciertos segmentos oligárquicos y burocráticos yuxtapuestos a procesos anteriores de acumulación de propiedad, generalmente de tipo financiero-rentista (Brasil y Argentina), pero algunas veces también, en los países con una fuerte intervención del Estado (Corea e India) o una propiedad estatal (China) de tipo industrial. Este proceso se ha visto marcado por la constitución de tres grandes grupos industriales y financieros, empezando por algunas filiales agro-industriales. Son estos segmentos los que dejan oír su voz en ciertas conferencias internacionales (por ejemplo la de la OMC en Cancún).

Los grupos industriales de los países avanzados se interesan por los países en vías de desarrollo en tres aspectos. El primero es el tradicional, como fuente de materias primas. Este interés es la clave de las políticas que afrontan en Oriente Medio y explica también las rivalidades inter-imperialistas con su retahíla de consecuencias en los países africanos ricos en minerales estratégicos. Pero, los países situados en el centro del sistema, con minerales estratégicos (a excepción del petróleo) como el uranio y algunos cultivos tropicales, con la madera a la cabeza, se han vuelto mucho menos dependientes de las fuentes de materias primas situadas en los países periféricos, y se sirven de la ciencia y la tecnología para reemplazarlos por productos intermedios de creación tecnológica e industrial. Los grupos se interesan en segundo lugar por los países que disponen de un mercado interior importante. Las exportaciones realizadas a través de filiales de comercialización se han convertido en la opción predilecta de muchos grupos industriales. Pero siguen creando filiales de producción cuando esta forma de presencia directa se impone en función de la dimensión del mercado y de la importancia estratégica regional del país. (China y Brasil), así como de la presencia de rivales mundiales que hay que contraponer a las estrategias locales. La tercera función que pueden desempeñar los países en vías de desarrollo es la de servir en industrias intensivas con mano de obra de base para operaciones de subcontrata reorganizada que requiere mano de obra industrial a la vez que cualificada (o incluso muy cualificada), muy disciplinada y muy barata. Pero el número de países que satisfacen estas condiciones representan un número tanto más restringido cuanto las necesidades del capital están limitadas por la debilidad general de la acumulación.

No hay nada más selectivo que una inversión o una inversión financiera que busca la máxima rentabilidad. Por ello la mundialización no es de ningún modo un proceso integrador mundial o la base de un reparto menos desigual de riquezas. Incluso los encarnizados defensores de la mundialización reconocieron que implicaba una serie de «agujeros negros». Hemos asistido en veinte años a la reaparición en los países pobres de los peores azotes de malnutrición, de hambruna, de enfermedades y de pandemias devastadoras. Estos azotes no son «naturales», ni siquiera más que el aumento de los parados, de los trabajadores precarios o de los sin-techo, lo son en los países de la OCDE. Apartan a la población marginal y excluida del círculo de los que satisfacen sus necesidades mínimas, y por consiguiente de las bases de la civilización, en función de su incapacidad para transformar estas necesidades acuciantes en demanda solvente, en demanda monetaria. Esta exclusión económica tiene un carácter a menudo radical. En ciertos casos, es reciente, y en ciertos países, se ha agravado enormemente en relación con la situación de los 70. Es el resultado directo de la destrucción bajo el efecto de la desregulación y la liberalización de intercambios, no sólo de empleos individuales, sino de sistemas de producción enteros que aseguraban anteriormente la reproducción social de las comunidades de campesinos, pescadores y artesanos.

11. El balance del neoliberalismo en términos de crecimiento es de los peores. Si se toma el indicador de crecimiento anual del producto mundial por habitante, que es un indicador serio del estado de la producción de la riqueza aunque encubra los efectos de su desigual distribución, se constata lo siguiente: mientras que la tasa se acercaba al 4% entre 1960 y 1973, después caía al 2,4% entre 1973 y 1980, y ha sido del 1,2 % entre 1980 y 1993, para no subir a continuación. Frente al crecimiento demográfico, la tasa anual media de crecimiento del producto mundial sólo ha sido del 2% a lo largo del decenio de 1990. La larga serie estadística publicada por la OMC [2001] muestra la caída regular. Era superior al 7% entre 1963 y 1973, antes de caer al 3% entre 1973 y 1990, y después a un poco más del 2% entre 1990 y 1999.

Un gran número de acontecimientos políticos internacionales no se pueden separar de este contexto. La marginación de continentes o subcontinentes ha ido a la par del juego de mecanismos de «balcanización» cuyas guerras «étnicas» o «tribales» de efectos humanos catastróficos y de graves consecuencias geopolíticas, son una de las manifestaciones. Los efectos del calentamiento climático, previstos a partir de ahora con un grado creciente de precisión van a afectar en principio a los Estados con estructuras más frágiles y poblaciones más desfavorecidas. Los sobresaltos políticos pueden revelarse desestabilizadores en ciertos casos para el «buen funcionamiento» de la economía internacional. El documento publicado en

septiembre de 2002 por la Administración Bush bajo el título “la estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos de América”, se dispone a enfrentarse a otra cara más, la del «terrorismo», definida de manera más detallada. La definición dada por los «intereses americanos» cuya defensa justifica las acciones «preventivas» es muy extensa. Incluye “*la paz, la democracia, la libertad de mercado, el libre cambio*” afirmando para justificar el «bombardeo» del acuerdo de Kyoto *ad minima*^{8 [7]} sobre el efecto invernadero, el carácter intangible del modo de existencia material de los americanos y por consiguiente del automóvil privado como fundamento constitutivo central de «su modo de vida», Bush ha expresado mucho antes del 11 de septiembre una voluntad consciente de reproducción de una forma definida de dominación social en el plano mundial, sean cuales sean sus consecuencias.

La hegemonía de los Estados Unidos está asociada desde hace un decenio a una macroeconomía que supone aportaciones muy importantes del resto del mundo. Su funcionamiento reposa sobre tres déficit extremadamente elevados (del presupuesto Federal, de la balanza comercial y de la balanza de capital), que exige la preservación de las relaciones económicas financieras inéditas establecidas con el resto del mundo: flujo de capitales de inversión, de inversiones directas, de recursos energéticos y de materias estratégicas de base, de mercancía barata, esto sin olvidar los movimientos de mano de obra altamente cualificada. Estas aportaciones externas son tan elevadas que resulta obligatorio interrogarse acerca de las relaciones con las condiciones mediocres de inversión y de crecimiento de larga duración, del resto del mundo, y también acerca de los lazos con la política exterior americana y la propensión que muestran a recurrir a la fuerza.

12 En el cuadro de la mundialización contemporánea de la que las finanzas son la gran fuerza motriz, la autonomía, que parece caracterizar el movimiento de acumulación del capital, o si se prefiere el predominio de la economía sobre las otras esferas de la vida social, se acentúa de manera cualitativa. Se conmina a todos a «adaptarse» a sus exigencias y a aceptar que sean reorganizados los trazos fundamentales de la sociedad sin considerar las categorías sociales «adquiridas» desde el pasado o los diferentes «habitus» producto de la evolución anterior. De ahí este extraño camino paralelo entre formas de expropiación en los países «emergentes», que devuelven a la brutalidad de la acumulación primitiva casi sin mediación, y modalidades muy sofisticadas de modulación en las relaciones sociales (en términos de gestión de recursos humanos o de gestión y conformación del imaginario colectivo por el medio televisivo) para reproducirlos en forma de *sumisión* a la sombra de la «dictadura de los mercados financieros». Pero ¿puede haber «dictadura» de mercado, sin dictadura a secas? En el primer capítulo de su libro sobre el imperialismo, primera parte de su obra magna sobre el totalitarismo, Hannah Arendt sostiene que el elemento en ciernes en la sociedad burguesa desde su nacimiento, a saber «*la necesidad para el proceso ilimitado de acumulación de capital*» de encontrar los medios para crear «*la estructura política de un ‘poder ilimitado’, tan ilimitado que pueda proteger la creciente propiedad privada que aumenta sin cesar su poder*», encuentra su total desarrollo en la época del imperialismo. «*La superproducción de capital y la aparición de dinero ‘supérfluo’ resultado de un ahorro que no encuentra más inversión productiva en el interior de las fronteras nacionales*», ve nacer formas políticas nuevas, uno de cuyos componentes es la formación de un cuerpo de «*funcionarios de la violencia* (que) *no pueden pensar más que en términos de una política del poder*» y de producción y reproducción de un «*poder ilimitado*» «*como un fin en sí mismo*».

Los Estados Unidos se han convertido en el principal emplazamiento de dicho proceso. Con la transformación del complejo militar-industrial en “complejo militar de seguridad”, en varias etapas, y el hecho de recurrir cada vez con más frecuencia a la tecnología, el Pentágono y los generales americanos han venido acentuando siempre sus rasgos de «funcionarios de la violencia». Se han acercado además al centro del poder. En conjunción con los grupos industriales armamentísticos, los grupos petroleros y la red de «*think tanks*»^{9 [8]} financiados por las fundaciones donde se amparan los «neo-conservadores», forman un bloque de interés para quien la reproducción del poder, el suyo y el del Estado americano, del que son el centro, se convierta en «*un fin en sí mismo*». La particularidad del gobierno de Bush es la de ser el primer gobierno en el que este bloque tiene tantos ministros, viceministros y consejeros especiales. Éstos están lejos de tener el pragmatismo asociado generalmente a Estados para los que las finanzas, el comercio y la tranquilidad de los negocios son cruciales. Movidos por la convicción de tener una misión divina y avanzados en los cálculos de sus programas de ordenador, esta nueva generación de «*funcionarios de la violencia*» creen poder dar forma a la realidad según sus representaciones y sus necesidades.

^{8[7]} En latín en el original (N. de la T.).

^{9[8]} En inglés en el original. En español, *centros de investigación y análisis de política pública* (N. de la T.).